

JUAN VILÁ

*Tan difícil
como raro*




ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

DOSSIER DE PRENSA

Tan difícil como raro
de Juan Vilá


ANAGRAMA

En *Tan difícil como raro*, Juan Vilá continúa el ciclo autobiográfico que inició con *1980*. Dos libros que admiten una lectura independiente, pero que comparten una misma voz, a veces áspera y a veces tierna, y un mismo narrador, que en esta ocasión nos ofrece una

celebración a contrapelo del pasado, una crónica hermosa y maldita de la juventud perdida, el amor roto y los sueños que ya nunca podrán cumplirse. Es decir, de la vida y de ese extrañísimo afán que nos lleva a seguir adelante a pesar de todo.



“

7 de marzo de 2020

Gloria dice que vive en mitad de la nada. Pero no es cierto. Gloria me enseña unas fotos de su casa y lo que ve cada mañana al despertar es un inmenso prado, y un montón de caballos, y una valla de madera para que no se escapen. Todo es verde, muy, muy verde, y hay árboles. No hay desierto. Ni un acantilado ni un agujero. Ni cualquier otra expresión del vacío. Gloria me cuenta que su casa es un antiguo molino. Y yo lo que veo en las fotos son unos sólidos muros de piedra. Ella lo compró y lo restauró, junto con su marido, cuando estaba embarazada de su primer hijo. El niño ya tiene doce años y se llama John. Me enseña también una foto de él. Parece

muy guapo, comento, y ella responde: es como yo, muy bueno y muy inteligente. Gloria tiene razón en lo que a ella respecta, y seguramente en lo de su hijo. No sé. No le conozco. A lo que me refiero es a que no miente ni se adjudica méritos que no le corresponden. Gloria tampoco ha perdido la cabeza en esta historia llena de locos y todo tipo de tarados. Gloria yo creo que es mi personaje favorito, la única que se ha salvado, y por eso, en cuanto empecé a escribir, sentí la necesidad de ponerme en contacto con ella, y ella me respondió al instante.

Tan difícil como raro de Juan Vilá

FICHA TÉCNICA

PÁGINAS	272 págs.
PRECIO	19,90 € con IVA
	10,99 € Digital
ENCUADERNACIÓN	Rústica con solapas
LANZAMIENTO	3 de mayo de 2023
ISBN	978-84-339-0517-8

SINOPSIS

«Si la salvación estuviera al alcance de la mano y pudiera conseguirse sin gran trabajo, ¿cómo podría suceder que casi todos la desdeñan? Pero todo lo excelso es tan difícil como raro», escribió Spinoza. En octubre de 1991 coinciden en la facultad de Filosofía los personajes de esta historia: la brillantísima Gloria, que no tardará en desencantarse de la universidad para entregar su inteligencia a la empresa privada; Manuel, que busca en la razón y los libros un freno a sus más oscuros impulsos; la caprichosa Bea, que acostumbra a provocar todo tipo de desgracias y salir siempre indemne de ellas; Roberto, un excéntrico aspirante a pintor; o Ana, que encierra dentro de sí misma toda la rabia y toda la dulzura del mundo. Son jóvenes y se divierten, conciben grandes planes o quizá delirios, hacen un montón de tonterías. Hasta que uno de ellos se suicida y la cosa se pone seria.

¿Por qué algunas personas se rompen y otras se salvan? *Tan difícil como raro* no pretende responder preguntas imposibles. Sí aspira a ofrecer un retrato generacional, entre otros mil probables, de quienes nacieron en los setenta, disfrutaron del esplendor de los noventa y se desmoronaron con el nuevo siglo. También cuenta una historia de amor, que todos creen perfecta,

pero que estalla en pedazos por la irrupción de la enfermedad mental. La felicidad se transforma entonces en una lucha constante contra el vacío y una sucesión de ingresos psiquiátricos. Incluso esta novela podría verse como un relato de fantasmas en el que no son los muertos quienes atormentan a los vivos, sino al contrario: los vivos, de ninguna manera, están dispuestos a olvidar a los muertos, y por eso les persiguen, les acosan, les interrogan y se niegan a perdonarles.





Juan Vilá

SOBRE EL AUTOR

Juan Vilá nació en Madrid en 1972. Estudió Filosofía, pero durante años se ha ganado la vida como periodista. Además de **Tan difícil como raro** (Anagrama, 2023), ha publicado las novelas *m* (Piel de Zapa, 2012): «Exhibe unos utensilios idiomáticos suficientes para arrostrar los mayores peligros» (Ricardo Senabre, *El Mundo*); «Entre la salvajada y el humor, un texto a bocajarro» (Sergio C. Fanjul, *El País*); *El sí de los perros* (Piel de Zapa, 2014): «Se aleja de cualquier convencionalismo tanto formal como ideológico. Su estilo es su rabia, y su rabia tiene la consistencia de los aguafuertes» (Marta Sanz, *El Confidencial*); «Juan Vilá, sí señor: el escritor alunicero. Alguien dispuesto a volar en pedazos una historia si con eso consigue construir una novela de verdad, una capaz de empar al lector, de sacarlo de la literatura inofensiva y profiláctica» (Karina Sainz Borgo, *Vozpópuli*); *Señorita Google* (Jot Down Books, 2014): «Las ideas y situaciones disparatadas se alternan con las reflexiones más lúcidas a ritmo de vértigo. Y no deja títere con cabeza» (Andrés Rojo, *La Razón*); **1980** (Anagrama, 2020): «Las teclas que toca Vilá suenan todas bien. Los personajes están dibujados espléndidamente. La forma de narrar en una falsa oralidad, anticipando o retrasando información, te engancha a sus páginas. Hay ternura y rabia, hay nostalgia y crueldad» (Carlos Zanón, *Babelia*); «Una novela que combina con vigor constante la furia y la ternura para convertirse en una declaración de amor» (Íñigo Urrutia, *El Diario Vasco*); «Una novela autobiográfica desprejuiciada y vehemente, tan tierna como lúcida» (Juan María Prieto, *Estado Crítico*).

«Un relato real, que transpira verdad, sobre la amistad y el amor, sobre el final de la juventud y los pedazos dispersos de cada uno que quedan orillados. Que nadie se engañe: Juan Vilá proporciona finezas con palabras gruesas. Su estilo a veces bronco y destemplado solo es el pudoroso disfraz tras el que refulge una mirada aguda y sensible.»

Marcos Giralt Torrente

«El gran hallazgo de esta intensa historia de un grupo de jóvenes en los noventa es la profundidad abisal que alcanza, su capacidad para hablar de lo visible y lo invisible, de lo real y lo alucinado.»

Rosa Montero

«Una brillante historia generacional, una difícil iniciación a la vida adulta, con una sensibilidad distinta y páginas memorables sobre la anorexia. Me ha hipnotizado esta novela.»

Manuel Vilas

PERSONAJES

«**Tarado es la palabra que empleo siempre para describirme a mí y a las personas que más me interesan.**»

Gloria es la más inteligente y preparada de todo este grupo, la única que en 2020 ha conseguido salvarse. Tiene dos hijos y una bonita casa. Cobra un estupendo sueldo de la empresa más importante de España. Corre maratones. Quiso dedicarse a la filosofía, pero se cansó muy pronto de la desconexión frente a lo real que imperaba en las aulas. Cree que en su juventud se perdió demasiadas cosas.

Manuel estudia Filosofía para escapar de la empresa familiar y, sobre todo, de su padre. Aunque, más que estudiar, parece que se esté jugando la vida. Habla compulsivamente sobre los abusos que sufrió en la pubertad y trata de asimilarlos o trata de olvidarse de ellos. Busca una respuesta en la razón y la ciencia. Otras veces recurre al sexo.

Alejandra se define a sí misma como marxista y heideggeriana, aunque es muy probable que ni siquiera sepa qué demonios significa eso. Se convierte en una desclasada tras la muerte de su padre y la venta del inmenso piso familiar en el barrio de Salamanca. Huye a Berlín al acabar sus estudios. El alcohol le irá creando cada vez más problemas.

Bea no tolera que le digan que no. Trata siempre de imponer su voluntad y de desafiar al otro. Tiene encima la maldita costumbre de provocar desgracias en la vida de los demás y salir indemne. Tras un tormentoso matrimonio buscará consuelo en Roberto, que siempre ha estado enamorado de ella.

Roberto tiene algo de payaso o de *clochard*, casi como uno de esos personajes beckettianos que tanto le fascinan. Es sociable, divertido, y está lleno de talento. Pinta, esculpe, escribe. Como el Mefistófeles de Goethe, él es quien «siempre dice no», el gran nihilista, el apasionado por el absurdo. Su suicidio marca el final de la fiesta y, según se nos dice, «abrió la puerta a todo lo que iba a venir luego, o sirvió de anuncio, o tal vez lo propició. Lo peor acababa ya de ocurrir pero lo peor estaba aún por llegar».

Ana fue un niña adorable y tierna, aunque algo solitaria. Luego se convirtió en una adolescente salvaje. En la universidad consigue poner un poco de paz dentro de sí misma y en los años posteriores da la impresión de que ha conseguido salvarse. Lo tiene todo: talento, sensibilidad, un trabajo y una relación que todos creen perfectos. Pero la irrupción de la enfermedad mental hará que su vida salte en pedazos.

Carlos vino al mundo para llenar los huecos que van dejando los demás, es el eterno sustituto. Tiene un lucidísimo sentido del humor y vive obsesionado con su familia. Le aterra la posibilidad de hacer daño a las personas a las que quiere, lo que le impide amar o mantener cualquier relación distinta de la amistad. Romper esta norma le llevará a convertirse en una auténtica bestia.

Juan es el mejor amigo de Roberto y el novio de Ana. También es quien escribe esta historia.



FRAGMENTOS

“ El suicidio

«Uno no puede suicidarse después o en lugar de leer a Dickens. No, joder, Dickens no, y *Pickwick* menos. Anda que no hay libros que dan ganas de matarse. Se me ocurre de pronto Pessoa y una arcada me viene a la boca. Y uno tampoco puede suicidarse mientras en la habitación de al lado tu exnovia duerme o folla con otro. Uno, en general, no debe suicidarse, pero si a uno no le queda más remedio, o le pueden las prisas, entonces coge y se aparta. Intenta, de alguna forma, alejar lo máximo posible el dolor y la vergüenza, la inmensa ola de pena, de culpa y de rabia que se les viene encima a los vivos. O intenta, al menos, suavizar el primer impacto.»

“ Intensísima euforia de tanatorio

«Creo que fue una de las noches más divertidas de mi vida, y mira que ha habido noches. Imagino que por la colisión de tantas cosas, por lo brutal y absurdo, porque nada tenía sentido, porque necesitábamos más que nunca la risa o porque acabábamos de recibir uno de los palos más tremendos y el dolor en esos primeros momentos te pega un subidón inmenso -intensísima euforia de tanatorio-, aunque a la vez te desquicia. O sencillamente para no sucumbir nosotros también y arrojarnos por alguna otra ventana o por el puente sobre la M-30 del que acabamos de hablar. Y por la sensación de irrealidad. La atravesábamos y nos movíamos en ella como si fuera una especie de niebla, pero pesaba cien o doscientas toneladas sobre nuestras cabezas y nuestros hombros, y tenía la densidad del plomo. De pronto, Ana me miraba o yo la miraba a ella como una forma de interrogarnos y confirmar aquello: ¿de verdad está pasando?, ¿en serio se ha suicidado Roberto?»

“ La universidad en los noventa

«Es curioso: la escasísima actividad política de la universidad se articulaba en torno a dos cadáveres del franquismo. De un lado, la izquierda más delirante. Un popurrí imposible de referentes -medio hippie, medio borroka, medio soviética- que giran todos en torno al concepto de REVOLUCIÓN. Hablan mucho de ella pero saben que es mentira y se cagarían si de verdad estallara. Del otro, la derecha más desfasada. Sueñan con resucitar al Caudillo, y hasta al mismísimo Führer, aunque si eso ocurriera a ellos se les iba a acabar la fiesta, tan hedonista y vacía como la de los otros. Y entre medias no había nada. Nada de nada. Bueno, sí. Nuestra promoción pasará a la historia por crear el Club Deportivo. Una panda que se dedicaba a jugar al fútbol y el decano encima les pagaba una subvención. Eran buenos chicos, cómodos e inofensivos. Su mayor transgresión, y su mayor logro filosófico, pasaba por escribir en las mesas la alineación completa del Real Madrid cada lunes a las ocho y media de la mañana.»

“ El amor

«Ana y yo de pronto fuimos conscientes. Valía la pena y había que intentarlo. Una obviedad que a nosotros, jóvenes licenciados en Filosofía, nos costó un disparate comprender -es importante insistir en esta idea-. Y fue así como, al menos durante un tiempo, nos hicimos cada vez más fuertes. La vida era breve y muchas veces también una mierda, y por eso debíamos aprovechar. Aprovechar, sobre todo, para estar juntos. Aunque eso implicaba muchísimas más cosas, como ser valientes, y responsables, hacer planes, y luchar por ellos, y ser buenos, a nuestra manera, y virtuosos, y no confiarnos. Resistir, ya que por obra de algún extraño azar habíamos llegado hasta ahí y por nada del mundo queríamos perdernos el uno al otro, ni perder eso tan valioso. Nos parecía un milagro, pero se trataba de algo mucho más cotidiano y normal: Ana y yo nos habíamos enamorado.»



“ El final de la juventud

«Pero Roberto decidió matarse. O Roberto, fuera de sí, se acabó matando, y su muerte, de alguna forma, se convirtió en el final de la fiesta. Adiós a una juventud que quizá no fue alegre pero sí fue libre y fue plena, fue orgullosa, fue auténtica, fue intensa, impertinente y cruel. Fue muy gilipollas –como corresponde y debería ser siempre–, y estuvo llena de risas, de cierta angustia y de ciertas crisis, de quebraderos de cabeza, de juergas y de entusiasmo entendido a nuestra manera.»

“ Una posible visión de la muerte

«Me vuelvo de pronto pagano. Concibo la muerte como los griegos el Hades. La muerte es un eterno fastidio. Una especie de duermevela. Un sueño que agota –agota, agota y agota; te harta, y nunca se acaba–, una penumbra perpetua, un molesto susurro de fondo. La muerte es una cosa tristísima. Hablo para los muertos. No me refiero ahora a los vivos. La muerte es la ausencia o el vacío de un no recuerdo, mucho más que la paz del olvido. La vida es en cambio memoria. Por eso a veces parece tramposa. Por eso nos da la impresión –qué imbéciles somos– de que la vida nos miente y por eso nos hace cargar con mil cosas que ni siquiera importan.»

“ La primera crisis

«Ana me pidió que entrara con ella en la consulta. Estaba muy desorientada. La doctora la atendió de manera rutinaria. Ana le habló de su cansancio, de las tensiones, del enfrentamiento que había tenido esa misma mañana con la mujer que se empeñaba en hacer desgraciados a todos sus compañeros. Una gran bronca. La otra la provocó. Ana fue incapaz de contenerse. Le plantó cara. Casi se lían a hostias. Mi dulce Anita. Después de eso, Ana entró en un estado de confusión total, se encerró en

un despacho, empujó a su jefa cuando trató de sacarla, empujó a otra compañera, creyó que iba a morir o que la querían matar, creyó que debía defenderse, creyó que todos los CD con toda la información de la editorial –que esperaban sobre una mesa para ser archivados– se le iban a meter en la cabeza e iba a enloquecer, creyó que había fallado y que era un fracaso absoluto, que no había estado a la altura de un perfeccionismo tan patológico como el suyo, y de una cantidad de trabajo tan brutal que ni cuatro personas juntas hubieran sido capaces de sacarlo adelante. Esto último, ni aún hoy –más de dieciséis años después–, ha sido capaz de perdonárselo a sí misma.»

“ La ruptura

«Nunca hubiera pensado que explicar una ruptura pudiera resultar más difícil que explicar el proceso de enamoramiento. Lo lógico y lo normal, como ya hemos dicho, como dijo también Fitzgerald, y como todo el mundo sabe, es que las cosas se rompan y caigan. Pura entropía. El paso mismo del tiempo. Y sin embargo, en este caso es justo al revés. Qué sencillo y qué natural perder la cabeza por Ana. Perderla, encima, de la forma más sensata. Perderla como algo necesario e inevitable, pero de ninguna manera trágico o fatal. Perderla para ganarse a uno mismo y hacer algo que de verdad valiera la pena.

Lo extraño o lo malo es lo otro. Entregarle toda tu vida a esa persona y que ella te la entregue a ti, construir juntos un universo exclusivo para los dos. Compartir todos los planes y las certezas, no imaginar otro futuro posible ni deseárselo. Saber que estás donde quieres estar y con quien quieres estar, y aspirar incluso a seguir así para siempre, y de pronto perderlo todo. Pero no, qué digo perderlo. Ver cómo se viene abajo y no mover un dedo, incluso contribuir a ello. Y mucho peor todavía: abandonar a esa otra persona cuando está en plena caída libre, despeñándose por el barranco y sin ganas en absoluto de parar o salvarse. La pareja perfecta, según todo el

mundo –incluidos nosotros mismos–, o el amor más puro, el amor eterno, aquella relación de la que a nadie se le hubiera ocurrido dudar. Ana y Juan o Juan y Ana. No aguantamos ni siquiera el primer asalto.»

“ Trastorno límite de personalidad

«TLP es el vacío y la ira, los impulsos más bestias y la imposibilidad de controlarlos. TLP es el extremismo y el drama. TLP es una cierta paranoia. TLP es pasarte la vida entera dando tumbos, sin tener ni idea de quién eres ni imaginar tampoco tu propio futuro. TLP es el miedo al abandono y la necesidad, a su vez, de abandonarlo todo. TLP es no encajar nunca en ninguna parte. TLP son emociones muy intensas y emociones que cambian muy rápido. TLP es que todo te duela y buscar un dolor aún más fuerte que te calme. El TLP, para mí, son los brazos de Anita. Se ha apagado tantos pitillos y tiene tantas cicatrices en ellos que su piel parece la piel de un jaguar.»

“ Deseo de cuidar y deseo de castigar

«El primer ingreso duró unos diez días. Ana salió y a la semana –12 de junio– tuvo una bronca con su psicóloga de entonces. Decidió abandonarla a ella y cualquier otra posibilidad de terapia.

El 10 de julio Ana había vuelto a perder el control y se ingresó de manera voluntaria. No aguantó ni veinticuatro horas. Fui yo a buscarla para tratar de convencerla y que siguiera allí dentro. Intenté, al fracasar la primera opción, un ingreso forzoso. Tampoco eso pude.

Quería protegerla de sí misma. Pero quería también castigarla. Quería que la ataran. Que un juez la inhabilitara y la despojara de cualquier derecho. Quería que perdiera su libertad. Quería que la azotaran y que le aplicaran descargas eléctricas, que le abrieran la boca y le pusieran un embudo. Quería que la cebaran como se ceba a una oca y que hasta la hicieran reventar. Quería

que le quitaran todas sus putas pastillas y sus putos pitillos, aunque solo fuera para que no se volviera a quemar. Quería que recibiera el más severo escarmiento.»

“ De vez en cuando una tregua

«Ana vive con mucha ilusión cada vez que voy a Mallorca y yo también. Llevamos meses sin vernos y tardaremos meses aún en volvernos a ver. De vez en cuando se le ocurre algún plan especial, pero ninguno de los dos tiene el menor interés en hacer turismo. Tratamos solo de pasar juntos la mayor cantidad de tiempo posible. Nos dedicamos sobre todo a pasear por el centro o el puerto de Palma, visitamos siempre la catedral, y el ya mencionado Portixol. A los dos nos encanta Portixol. A ella la conocen allí y la tratan de maravilla las camareras guiris de un par de bares. La saludan, le sonrían, se preocupan por ella. Ni siquiera preguntan. Saben de sobra lo que quiere y cómo le gusta el café.

Ana y yo volvemos a ser felices en esos viajes de fin de semana, intensa e inesperadamente felices. Pero ya no como pareja –nunca ha existido la menor ambigüedad o confusión al respecto–. La enfermedad retrocede. Ana vuelve a ser Ana y todo resulta tan fácil como siempre. No hay que regañarla. No hay que pelearse con ella ni intentar convencerla de nada.»

ENTREVISTA CON EL AUTOR



1. Esta es tu segunda novela autobiográfica, después de publicar 1980. ¿Qué es lo más complicado a la hora de retratar tus propias experiencias y tu entorno?

Lo más complicado siempre es cómo tratar a los demás. El miedo a hacer aún más daño a la gente que quieres. Eso y, al mismo tiempo, ser fiel a lo que pasó. Por un lado, creo que no tengo el menor derecho de contar ciertas cosas, pero al escribir, y escribir encima este tipo de libros, es mi obligación. En este caso, me preocupaban especialmente algunas personas. Si ellas no me hubieran autorizado, no habría publicado la novela.

2. Hay ciertos rasgos del narrador, como ya pasaba en 1980, que tienden al nihilismo. ¿Te consideras una persona nihilista?

Es mi tendencia natural, algo que me sale solo: la negación, la oscuridad, cierto afán por llevarme un par de cosas por delante... En general me resisto o me refugio en la educación y una sanísima hipocresía. Pero a veces me dejo llevar, sobre todo cuando escribo. También ayudan el paso del tiempo, la pérdida de fuerzas, de certezas y de redes de protección. Soy un señor de cincuenta años y afortunadamente hay demasiadas cosas que ya no puedo permitirme.

3. La enfermedad, y sobre todo, la enfermedad mental, juega un papel muy importante en el relato y aparece relacionada con varios de los protagonistas. ¿De qué nos protege, si es que lo hace, la enfermedad?

No creo que la enfermedad nos proteja de nada y menos aún una enfermedad mental grave. Más bien al contrario: enfrenta a quienes la padece con situaciones terribles y se convierte en una esclavitud. Este es un tema, como el del suicidio, que muchas veces se idealiza desde la literatura e incluso la filosofía. Esa imagen del loco feliz o el loco libre, el loco sabio que en realidad es el único cuerdo. Luego visitas un psiquiátrico y lo que encuentras es dolor por todas partes. Ahora existe también el riesgo de frivolar el tema por cierta sobreexposición o ciertas modas. Espero no haber caído en ninguna de esas trampas.

4. El primer capítulo acaba con esta cita de Spinoza: «Si la salvación estuviera al alcance de la mano y pudiera conseguirse sin gran trabajo, ¿cómo podría suceder que casi todos la desdeñan? Pero todo lo excelso es tan difícil como raro». ¿La mayoría de nosotros «desdeña la salvación»?

Lo de desdeñar la salvación lo dice Spinoza, no yo. Quizá su idea de salvación sea mucho más exigente que la mía. Para mí basta, supongo, con ser capaz de manejar en cierto sentido las circunstancias, no dejarte arrastrar completamente por ellas, dirigir tu vida hacia donde quieres aunque sea de forma modestísima. Hacer algo que de verdad merezca la pena. Algunas personas lo consiguen. Otras muchas, por desgracia, no. Volvemos a Spinoza y su *Ética*: lograrlo es tan difícil como raro.

5. El arte (la pintura, la literatura, la música y el cine) y la filosofía aparecen en la novela como pequeñas tablas de salvación. ¿El arte nos puede salvar? ¿Y puede el amor redimirnos?

No sé si tanto como salvarnos, pero sí puede ayudarnos u ofrecernos un refugio. El peligro es que también puede confundirnos o contribuir a nuestra destrucción. De eso también habla la novela. Eso si asumimos el papel del lector o del espectador. Acabo de mencionar las cosas que de verdad merecen la pena o que son capaces de dar sentido a una vida. Cada uno tendrá las suyas, pero para mí son fundamentalmente dos: escribir y querer a determinadas personas.

6. ¿Qué Madrid aparece en la novela? ¿Echas de menos algo de aquella ciudad?

Aparece el Madrid que viví durante mi juventud y parte del que aún sigo viviendo: la Complutense, la zona del Retiro, la espantosa calle Pontejos, un ascensor de servicio en General Pardiñas que sube pero no baja, el tanatorio de la M-30 y el parque que hay justo enfrente, el incendio del Windsor, la Guindalera, la verja de un psiquiátrico en López de Hoyos, una mutua de trabajo de Capitán Haya, un cocido en La Bola... No echo de menos casi nada de ese Madrid porque la mayor

parte sigue existiendo, o hace mucho lo dejé atrás, o ya no quiero volver. La novela, además, y de la forma más sorprendente, al menos para mí, acaba en Córdoba.

7. ¿Qué lecturas relacionarías con *Tan difícil como raro*?

Muchos de los personajes aparecen descritos por las casas en las que viven y los libros que leen. No era algo premeditado. Surgió así. Roberto, por ejemplo, es puro Beckett. Carlos es *Bajo el signo de Marte* de Fritz Zorn. Ana es *Nada* de Laforet, Stephen King, los diarios y la correspondencia de Kafka, *El porvenir es largo* de Althusser... Y el narrador pasa de Céline, Mishima y Nietzsche en sus primeros años de carrera a los cuentos de Rubem Fonseca, Donald Ray Pollock o Eider Rodríguez para anesthesiarse un poco y matar la tristeza después de tantas despedidas. Y por supuesto, y siempre, sobrevolándolo todo, san Agustín, *El sobrino de Wittgenstein* de Thomas Bernhard y *El Crack-Up* de Fitzgerald.



ANAGRAMA